

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 255

25 cts.



LO
QUE PUEDE
UN CIGARRILLO

POR
Pauline Starke
y Charles Ray

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 255

Lo que puede un cigarrillo

Finísima comedia de excelente asunto

REPARTO:

Martín Loftus	Lawford Davidson
Bernardo Gallaghers	Nad Sparks
Patricia Delaney	PAULINE STARKE
Genoveva Gould.	Lilyan Tashman
Tomás Corbín	CHARLES RAY

etc.

Producción

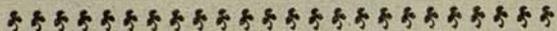
METRO-GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220. — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY GISH.



Lo que puede un cigarrillo

Argumento de la película

El *cabaret* "Chantecler", en pleno Broadway, era uno de los más distinguidos centros de reunión de la gente adinerada y amante de la frivolidad, encarnada por preciosas muchachas.

No había forastero que, al visitar Nueva York, no visitase el celebrado *cabaret* de noche.

Entre los asiduos del templo de "Chantecler" contábanse dos buenos amigos: Martin Loftus y Bernardo Gallaghers, ambos ricos y dotados de pasión inextinguible por las faldas, sobre todo si éstas eran cortitas...

Las dos mujeres habían puesto sus ojos, a la sazón, en dos bailarinas del *cabaret*: Patricia Delaney y Genoveva Gould.

Martin estaba "enamorado" de Patricia, y Bernardo se "derretía" por Genoveva.

Aquella noche, sentados los dos amigos a una mesa de primera fila, como todas las noches, para ver lo más cerca posible a las bellas bailarinas, se

decidieron a triunfar en sus propósitos de conquista.

El número que permitía a las artistas acercarse a los espectadores representaba el trabajo de las



A Martin le correspondió, por pura casualidad, a Patricia.

sacerdotisas de la higiene de las uñas de las manos.

A Martin le correspondió, por pura casualidad, a Patricia; y a Bernardo, Genoveva.

Las dos jóvenes habían observado el interés con

que las miraban Martín y Bernardo durante muchas noches, y como no les resultaban desagradables, gustosas aceptarían entablar amistad con ellos, para conocer sus intenciones...

Martín, mientras Paulina, entregada a su papel de manicura, aparentaba sacarle brillo a una uña con un enorme *polissoir*, le dijo en voz baja:

—¿Qué dice usted de irnos a cenar juntitos?

Por su lado, Bernardo, menos galante que su amigo, dijo a Geneveva:

—Al Club de los Cuatrocientos, usted y yo nada más.

Las dos bailarinas cambiaron una mirada, preguntándose por mediación de ella si debían aceptar; y sonriendo a los galanteadores prometieronles que se reunirían con ellos al terminar su trabajo en el selecto *cabaret*.

En el camarín, en tanto que se desnudaban, Patricia y Geneveva hablaron de los dos pretendientes que les deparaba el Destino.

—Ese Bernardo me parece un pájaro de cuenta, y lo tendré "en cuenta". A lo mejor se ha creído que con cuatro cuartos y cuatro palabras me rinde; y después... — comentó Geneveva, que sabía un rato largo de las bromas de los hombres, no precisamente por experiencia, sino por la experiencia de sus amigas de profesión.

Patricia, que era más ingenua que su compañera, dijo, a su vez, por Martín:

—Mi galanteador parece un buen chico. Sin embargo, no me fiaré de él ni tanto así más que de los otros. Cualquiera de nosotros que no sepa conocer a los hombres, se luce creyendo en ellos. Aunque haya algunos que nos parezcan distintos a los demás,

no debemos dejarnos deslumbrar por lo que puede resultar oropel en vez de oro puro. Así yo, por ejemplo, siempre que se me acerca un hombre, porque, ¿a qué negarlo?, me ha resultado simpático, procuro distanciarlo prudentemente de mí para ir conociéndole... Y jamás ningún hombre logrará interesar mi corazón si sus intenciones no son, a las claras, muy a las claras, nobles y "desinteresadas".

—Sí, ya conozco tu "truco".

—Confiesa que es original.

—Indudablemente, es más fino que darle un bofetón al osado que se permite libertades negadas, el obligarle a renunciar a su táctica oponiéndole entre tú y él un cigarrillo encendido.

—Es más fino y tan práctico como el bofetón... y, sobre todo, muchísimo más discreto. Un bofetón, pongo por caso, indica al hombre que todo ha terminado, mientras que una ligera quemadura, ocasionada como distraidamente, permite ir esperando; y entre quemadura y espera, y espera y quemadura... acaso el osado renuncie a su conducta, trocándola por amor o tomando, en caso contrario, las de Villadiego, convencido de que conmigo no hay posibilidad de vencer torciendo el camino de la seriedad.

Geneveva estaba de acuerdo con las teorías de su amiga, pero, francamente, no sabría ponerlas en práctica. Su carácter, más impetuoso que el de Patricia, no admitiría esperas de ninguna clase, como no las había admitido nunca. Era cosa sabida que por cada libertad que se permitían con ella, propinaba un soberbio cachete. Añadamos, empero, que le dolía dar castigos a sus galanteadores. Hubiera preferido besarles, ya que ello hubiese significado que al fin había encontrado el amor sincero.

Entre tanto, Martín y Gerardo hablaban de las dos bailarinas.

Naturalmente, cada uno encomiaba a la mujer que contaba conquistar.

—Genoveva es una criatura divina, y ya verás que poco me cuesta el que acceda a ir conmigo a todas partes, como su “mejor amigo”. No me negará que es un bizcocho que vale la pena — decía Bernardo, paladeando, como si se estuviera “comiendo” el dulce.

Martín dijo por Patricia:

—Esta muchachita sale de lo ordinario y poco he de valer yo en materia de aventuras amorosas si no consigo que haga lo que yo quiera.

Un poco después, los dos amigos se separaban y, cada cual por su lado, recogieron a sus nuevas amiguitas a la salida del *cabaret*.

Martín marchó con Patricia en su *auto* hacia un buen restaurante; y Bernardo, con Genoveva, también en su *auto*, hacia el Club de los Cuatrocientos, lugar aristocrático donde la belleza de la bailarina daría envidia a las más bellas esposas, hijas o amigas de los potentados.

La cena, o, mejor dicho, el resopón, se deslizó, para ambas parejas, sin el menor incidente que lamentar. Todo eran atenciones, miradas y algún que otro guiño.

Después, a la hora del retiro, cuando el corneta de órdenes del nuevo día llamaba al descanso a los trasnochadores, Martín acompañó a Patricia hasta su casa.

En camino, el galanteador pretendió varias veces acercarse a la interesante amiga, con ánimo de saber lo suave que resultaba la piel de su fino rostro al

rozarlo sus labios... pero Patricia, que no se olvidaba de tomar sus precauciones para evitarse disgustos, le paró los pies, digo, el gesto, mostrándole el círculo rojo vivo de un cigarrillo de aroma exquisita.

Martín reincidió, y reincidiendo también Patricia en su amenaza de quemarle, el juego hubo de suspenderse para que no llegase a drama.

Martín, disgustado, reprochó con rostro de contrariedad a Patricia su carácter hurafío; y la encantadora muchacha, sonriendo, imitando entre sonrisa y sonrisa el semblante de caprichoso que no ve realizados sus deseos de su acompañante, le dijo:

—Ya lo ve usted, amigo mío: un cigarrillo es mi defensa. Procure distanciarse si no quiere que el bigotito que lleva usted como discutible adorno de esos labios que murmuran contra mí, sea pasto de este juguete encendido.

—Es usted muy mala, Patricia. Es inútil que le diga que me gusta usted una barbaridad, y que estoy dispuesto...

—No corra usted tanto. Qué manía la de ustedes la de querer vivir un año en un día. ¿No sabe usted que para conquistar a una mujer hay que saber tener paciencia y demostrar que con la espera no muere el interés?

—No sea usted, Patricia, como esas niñas románticas que exigen imposibles. Yo, por usted...

—Cállese, o nos vamos a enfadar. Cónsteme que yo hace mucho tiempo que espero, y que seguiré esperando hasta que esté convencida de que las palabras que me dirija un hombre son las que yo he soñado siempre. ¿Acaso no creerá usted que también las bailarinas de *cabaret* tenemos corazón?

—No he querido ofenderla, Patricia... Yo soy

hombre que cuenta con medios, y por que sea usted amable conmigo, yo...

—¡Qué ridículos son ustedes con su dinero! ¡Bah! No hablemos más de eso, y, si es cierto que siente usted algún interés por mí, siga tratándome como un amigo más de usted.

—No será posible, Patricia.

—¿Qué teme usted? ¿Que le enloquezca? No hay peligro. Por ahora, no me convence usted. De modo que...

—¿Se propone usted someterme a una prueba?

—Soy muy difícil de vencer.

—Ya lo veremos. Usted, por lo pronto, ha aceptado mi amistad.

—Sí; pero amistad desinteresada.

—Está bien. Yo procuraré que esa amistad se transforme en algo fuerte.

—Me alegraría que así fuera.

—Entonces... es que le gusto un poco.

—No digo que no.

—Eso me anima.

—Pues, adelante, pero cuidado con el cigarrillo, que quema...

Por su lado, Genoveva daba una lección a su modo a Bernardo, que solía ser rápido en todas sus cosas.

Como Martín, Bernardo se proponía calmar la sed de pasión que lo agitaba de arriba a abajo, en la fuente sabrosa del piñoncito que sobre la barbilla chiquirritina tenía Genoveva y en cuyo fondo había dos hileras de perlas que eran otras tantas tentaciones.

Genoveva, para contener los anhelos del sediento, no vaciló en poner en práctica su acostumbrado pro-

cedimiento, es decir, hacer frente a los intentos de aproximación de su acompañante con energía, apartando las manos osadas que perdían el freno, y dispuesta a colorar las mejillas del dueño de esas manos, si no cesaba el peligroso juego.

Bernardo se hundió en el asiento del *auto*, visiblemente molesto porque le salía el tiro por la culata, y Genoveva, cual si le hubiesen soltado toda la cuerda, habló por los codos, mareándole hasta su casa, la misma de Patricia, pues las dos amigas vivían, como hermanas, juntas.

Decididamente, Martín y Bernardo habían tropezado, en su senda de aventuras, con dos murallas difícilíllas de derribar.

Pero ¿no dicen que lo que se niega es lo que mayor interés adquiere para los que lo desean?



Patricia y Genoveva, al reunirse, de regreso de su salida con Martín y Bernardo, respectivamente, hablaron de ellos, malhumorada Genoveva y melancólica Patricia.

—¿Qué tal te fué Bernardo? — preguntó Patricia a su amiga.

—No hablemos de él, hijita, porque es un necio. Si sigue como esta noche lo mando a paseo.

—Lo de siempre, Genoveva, lo de siempre...

—Y ¿qué tal resultó Martín?

—¡Lo mismo que todos también!

—Por supuesto. ¿Habrá nada más aburrido que los hombres? Parece que en vez de alma tienen dentro del cuerpo un disco de fonógrafo. Déles usted cuer-

da y ¡ahí están con la misma música de toda la vida!

—Es cierto, Genoveva... Sin embargo, el hombre con el que se sueña tiene que existir en alguna parte.

—Sí, hijita, sí; existe, existe, pero... ¡échale un galgo!

Callaron las dos amigas. Idéntico sentimiento las enmudeció. Pensaban en la felicidad tan difícil de conseguir. Desnudábanse lentamente para meterse en sus respectivos lechos. De pronto Genoveva dijo a Patricia:

—Mira. La portera nos ha subido este telegrama. Es para ti.

Patricia tomó de manos de su amiga el parte y rasgó el envoltorio con afán de leer el texto.

Era un aviso de su madre. Decía así:

Lawnsdale, Nueva Jersey.

10 de junio de 1924.

Patricia Delaney

Calle 49, Oeste, núm. 15

Nueva York.

Ven cuanto antes. Mozo labranza escapóse con la cocinera. Yo sola y lisiada de una pierna a consecuencia patada dióme vaca.

Tu afligida madre,

Eufrasia

—¿Qué sucede? — inquirió Genoveva.

—¡Pobrecita madre mía de mi alma! — exclamó Patricia dando a leer el telegrama a Genoveva.

—No te alarmes — dijo ésta, después de leer el texto —. No será nada grave.

—Pero debo ir a reunirme con ella en seguida. Es mi madre y necesita de mí.

—Naturalmente, Patricia.

—Partiré mañana a mediodía. Le explicarás de mi parte al empresario lo que sucede, ¿verdad?

—Descuida.

Poco después las dos amigas dormían apaciblemente, mientras Martín y Bernardo, que esperaban el nuevo día en un *Club* de amigos del sol naciente, y conste que no aludimos para nada a los chinos, decidían cortarse la coleta si no conquistaban a los dos nuevos números de la lista de sus conquistas.

Patricia acudió al llamamiento de su madre, que se había retirado al campo para vivir en un ambiente sano y gozando del reposo a que la había hecho merecedora su juventud de artista.

Patricia había heredado la profesión de bailarina de su madre, que fué en sus buenos tiempos una bailarina de fuego, y decimos fuego por lo que llegó a encender.

Ahora, la que fué astro se veía reducida a recordar — que no es poco —, viviendo de regularcita renta proporcionada a fuerza de economías.

Llevaba ya varios días Patricia con su madre, añorando un poco el bullicio de Nueva York.

La señora Eufrasia, en cambio, se sentía inmensamente feliz teniendo a su hija a su lado, y aunque empezaba a valerse de la pierna lisiada, fingía que aun le dolía mucho, con el exclusivo objeto de que Patricia prolongase su estancia en el campo.

Las costumbres de la nueva existencia no eran precisamente agradables para Patricia. No obstante,

la vida tranquila en medio de buena gente tenía cierto atractivo que no existía en la gran ciudad.

Aquella mañana, Patricia, no pudiendo resignarse a verse privada del baño a que estaba acostumbrada diariamente en Nueva York, decidió recurrir a lo que fuera con tal de sumergirse en el agua.

—¿Dónde podría refrescarme el cuerpo, mamá? Me extraña que no tengas ni una mala ducha en tu casa.

—Los tiempos cambian. Ya no puedo hacer lo que antes hacía, hija mía.

—¿No hay un sitio discreto por aquí donde pueda bañarme?

—Allá cerca del molino hay un remanso.

—Pues allá voy. Ahora es cuando van a ver las ranas lo que es canela.

Marchóse corriendo Patricia para zambullirse en el agua, y al llegar a la orilla del riachuelo desnudóse en un periquete.

Cerca de allí andaba Tomás Corbín, un joven ingenuo que nació en el campo, se crió en el campo y vivía en el campo feliz y contento con su suerte. Era un campo santo, digo, un campesino.

Pero no tonto. Le daba ciento y raya a algún ingeniero de postín. Prueba de ello era la carta que había recibido aquel día. Decía así:

Sr. D. Tomás Corbín:

Lawnsdale, Nueva Jersey

Muy señor nuestro:

Nos referimos al nuevo modelo de tractor inventado por usted y que se sirvió someter a nuestra

consideración, y tenemos el gusto de invitarle a que venga a Chicago tan pronto le sea posible a fin de tratar de este asunto.

De usted atentos S. S.

J. J. MAC GOVERN.

El muchacho no disimulaba su alegría. Su perro, su leal Bob, era testigo y partícipe de ella.

Jugando con el perro, Tomás llegó hasta el lugar donde Patricia se había despojado de sus ropas. La visión de las finas prendas sorprendió al ingenuo muchacho, turbándole en extremo. ¡Qué ropas! ¡Cómo se desconcertaba sólo de pensar que la dueña de ellas podía presentarse ante él de un momento a otro... desnudita! ¡Oh! ¡Jesús, qué cosas!

Patricia, ajena a lo que pensaba Tomás, que estaba dispuesto a huir de allí a toda velocidad, para evitarse el encuentro con ella, nadaba con brillante estilo. Las ranas, según ella, se colocaban en fila en una y otra linde del remanso para contemplarla en su exhibición de habilidad natatoria.

Nosotros dudamos un poco de la expectación de las ranas; pero sí creemos firmemente que de ser hombres las ranas, las orillas hubiesen sido estrechas para contener a tanto admirador como hubiera tenido la fresca, fresquísima belleza de Patricia.

¡Ay, qué Patricia!

¡Ay, qué mareo!

Háganme ustedes caso y cierren los ojos. Me dirijo a los de mi sexo, y yo soy de los del fuerte, de los del fuerte... débil ante las señoras, sobre todo si éstas se parecen a las sirenas que hechizan.

Tomás había llegado a orillas del remanso con la intención de bañarse él y su perro. Pero al hacer

el descubrimiento sensacional de las ropas femeninas, desistió de su intento. ¡No quería toparse con un pez peligroso!

Sin embargo, Tomás no pudo huir. No fué la curiosidad lo que se lo impidió, sino unos gritos alarmantes que llegaron hasta él.

—¡Socorro! ¡Socorro!

El perro enhiestó las largas orejas y echó a correr. Tomás, comprendiendo que las voces de petición de auxilio partían de la garganta de la propietaria de las ropas, no sabía qué hacer. ¡Qué vergüenza ver a la bañista! ¡Uy, qué reparo le daña ir a su encuentro!

Pero los gritos no cesaban de llamarle, y, al fin, descubriendo un poco lejos a Patricia, cerró los ojos y acudió a socorrerla.

Patricia extrañóse mucho al ver llegar junto a sí a aquel muchacho con los ojos tapados para no verla, y cuando se hubo librado del peligro que la amenazaba y que eran unas raíces muertas enroscadas a sus pies, apareció ante él, que abrió los ojos al caer desde el tronco del árbol inclinado sobre el remanso y sobre el que habíase sostenido en equilibrio tendiendo una mano a Patricia para sacarla del agua sin acercársele demasiado.

Con indescriptible asombro Tomás miró a Patricia y ya no volvió a cerrar los ojos.

—¿Qué le pasa a usted? — preguntóle ella.

—¡Caramba, caramba!... No pensé que estuviese usted vestida y dentro del agua.

—¡Tiene gracia! ¿No ha visto usted nunca un traje de baño?

—No... No... Yo creí que...

—¡Vamos, hombre! ¿Dónde ha visto usted que una mujer se bañe... desnuda?

—Es que...

—¿Ha visto usted alguna vez alguna?

—¡No! ¡Yo no he visto a ninguna mujer desnuda!

—A algún hombre sí, ¿verdad?

—A varios, a varios...

—Porque son ustedes muy frescos.

—Es que...

—Bueno. ¿Quiere usted sacarme de aquí? No soy ninguna planta acuática y voy a vestirme.

—¿Cómo voy a sacarla? ¿Con la mano, conduciéndola hasta la orilla?

—De un modo u otro.

—Será mejor que la tome en mis brazos.

Patricia dejó hacer a Tomás. El campesino, con mucha delicadeza, tomó a la gentil bañista en sus brazos, sin osar mirarla, y la condujo a la orilla.

Pasada la turbación del primer momento y como hipnotizado por la franqueza de ella, Tomás se sentó a su lado, después de muchos rodeos, y mientras Patricia tomaba un poco el sol, sin cubrirse, exactamente igual que si se hallase en una playa pública, le mostró un juego consistente en separar y juntar, sin saberse cómo, tres anillas.

La diversión no podía ser más inocentona ni más antigua; pero Patricia, interesándose en ella como si fuera una novedad, sorprendida por la ingenuidad de Tomás, intentó emular a éste, y así transcurrió casi una hora.

Al fin despidióse Patricia de Tomás, para ir a vestirse, y el muchacho, venciendo su timidez, que no era poca, le dijo, extrañándose de su audacia:

—Me gustaría salir a pasear con usted una de estas noches, porque ha de saber que tengo auto-móvil.

Irónica, Patricia contestóle, no riéndose por verdadero milagro:

—¿De veras? Me alegro muchísimo. Siempre he tenido delirio por pasear en un coche de esos que usted ha nombrado.

Y huyó, pero Tomás la seguía viendo en su espíritu.

*
**

Tomás, al disponerse a regresar a su granja, llamó al perro y vió que éste llevaba, como trofeo de conquista, en su boca... ¡la camisa de Patricia!

El primer impulso de Tomás fué el de echar a correr detrás de Patricia para devolverle la prenda íntima, pero no tuvo valor para hacerlo. ¡Qué vergüenza devolverle nada menos que la camisa!

Vaciló el muchacho varios minutos, pero, al fin, el deseo de volver a ver a la desconocida, que, hablando, hablando le había dicho donde vivía, le decidió a llevarle personalmente la seda que acariciaba la piel de su cuerpo de diosa.

Al entrar en la casita de campo tropezó con el madero de la puerta de entrada a las habitaciones interiores.

La señora Eufraña hallábase en el comedor y sorprendióse al verle llegar.

—Pase, joven, pase...

Al encontrarse ante la madre de Patricia, Tomás no pudo serenarse.

Ocultando detrás de su espalda la camisa, dijo, sin saber lo que decía:

—Me la encontré debajo de... vamos al decir... debajo de... de...

—Pero, muchacho, ¿de qué se trata? ¿Qué fué lo que encontró usted?

—Nada... nada... Quise decir que... acabo de ver a su hija.

—Y ¿qué tiene eso de particular?

—Yo... yo no la había visto nunca...

—¡Ah! Y venía usted a visitarla, ¿verdad? Pues mire usted, ahora baja de su habitación.

Tomás hubiera querido huir antes que Patricia le viese en la casa, pero ella no le dió tiempo, ya que se hallaba ya a pocos pasos de él.

El campesino tropezó de nuevo al ir a su encuentro y no pasó desapercibido su desconcierto para Patricia, que tenía deseos de burlarse de él pero que no podía hacerlo, no sabía por qué...

Sentóse Patricia en el comedor, junto a una ventana, y ofreció una silla a Tomás.

—Si vino usted a visitarnos, justo es que acepte platicar un poco conmigo. Siéntese. Ha tomado usted posesión de su casa. ¿Le gusta a usted?

—Mucho. Mucho. Usted, digo, la casa es muy bonita.

La camisa seguía en manos de Tomás. Era preciso esconderla, y se le presentó al muchacho tímido ocasión de hacerlo metiéndola dentro de un tiesto de mayólica vacío.

La conversación que se entabló entre Patricia y Tomás, como se supone, fué inocente por parte de él e irónica por la de ella.

Tomás habló de su granja, de su anciana madre, de su perro y de su invento.

Y lo raro fué que Patricia soportase la "lata" que le dió el muchacho, sin impacientarse.

Al marcharse Tomás, Patricia le dijo, viendo que tropezaba de nuevo con el madero de la puerta de acceso al comedor:

—Espero que no ha de ser la última vez... Tenga usted mucho cuidado. No lo vayan a atropellar de aquí a su casa.

—No hay cuidado — respondió Tomás, sin comprender la guasa.

Y al desaparecer el campesino, madre e hija se rieron. ¡Qué tímido era el paleta!

... ..
Fueron pasando los días, unos pocos más, y los en cuentros de Patricia y Tomás, en una parte u otra del lugar se sucedieron.

Y he aquí que Genoveva, una buena mañana, recibió una carta de su amiga, la cual le decía en uno de los párrafos de aquélla:

Así, pues, me decidí a aceptar la invitación que me ha hecho este rústico Romeo para que demos un paseo en auto; pero ni que decir tiene que llevaré el arma de siempre: un cigarrillo bien encendido. Ya sabes que todos los hombres son iguales.

No te olvida tu amiga

Patricia

Genoveva no pudo menos de reírse, figurándose ver a Patricia, tan linda, tan delicada, acompañada por un campesino ridículo en un coche indecoroso. ¡Pobre Tomás, cómo era a los ojos de Genoveva!

A decir verdad, Tomás no estaba muy mal en su

atavío dominguero acompañando a Patricia en su Ford auténtico.

Vestía de americana y pantalón de señorito, algo ancho todo ello, y su sombrero de campo había sido trocado por uno de moda... de moda un tanto atrasada.

Patricia, sentada al lado de Tomás, estaba atenta a sus menores movimientos, y cuando vió que el campesino también tenía las manos largas, pues la que se veía libre del volante trataba de ceñirla por el talle, encendió un cigarrillo, amenazando con él, por el lado encendido, al osado, muy discretamente, impidiéndole realizar sus propósitos.

A juzgar por lo antedicho, ¿Tomás se emancipaba de su timidez?

Indudablemente. En aquellos momentos no sabía lo que le pasaba, pero ejercía tanta atracción sobre él la encantadora Patricia, que la timidez quedaba a un lado y surgía espontáneamente el hombre que se deja llevar de irresistibles impulsos amorosos.

Porque, digámoslo claramente, Tomás estaba enamorado de Patricia.

Una *panne* del auto obligó a Tomás y a Patricia a renunciar a continuar el paseo.

El coche quedó preso en un charco de agua enlodada, y Tomás, para que Patricia no se mojase los pies, la tomó, como la primera vez que la vió, en sus brazos.

Salvado ya el lodazal, Tomás, lejos de renunciar a sostener en sus brazos a la adorada carga, continuó el camino hacia la casita de ella llevándola en ellos amorosamente.

Patricia no dejó de tomar toda clase de precauciones, la mejor de ellas la de encender un cigarrillo

llo, pero se sentía tan confiada en los brazos de Tomás que, escuchándole murmurar frases triviales llenas de cariño, apagó el cigarrillo y le rodeó el cuello con sus brazos, naturalmente, como para afianzarse en el trono que le había brindado el amable joven.

Tomás aseguraba a Patricia que la consideraba muy distinta a todas las mujeres, y llegó a besarla con toda su alma.

Patricia, desprendiéndose de los brazos del atrevido, cubrióse el rostro y escapáronse de sus ojos unas lágrimas.

Tomás, arrepentido de haber ofendido a Patricia disculpóse visiblemente apesorado:

—Perdóneme usted, Patricia. Hay momentos en que uno no se da cuenta de lo que hace.

Patricia no contestó, y ahogando un suspiro corrió a refugiarse en los brazos de su madre.

—¡Ay, mamáita, qué feliz soy! — dijo a la mujer que la adoraba —. ¡No, no todos los hombres son iguales!

—Pero, hijita, cálmate... Cuéntame lo que te pasa... ¿Qué te ha dicho ese muchacho? — contesto la señora Eufrasia, comprendiendo.

Y Patricia, sacudida por una extraña alegría, replicó besando a su madre:

—¡Soy amada! ¡Oh, mamá!



Patricia trataba de olvidar Broadway, pero Broadway estaba empeñado en no dejarse olvidar por Patricia.

El día siguiente al de la declaración de amor de Tomás, la bailarina del "Chantecler" recibió la visita de Martín, que llegó a la aldea acompañado de su inseparable amigo Bernardo.

Martín iba a entrar en la casita cuando Patricia salía de ella.

La sorpresa de ésta fué inenarrable.

—¡Caramba, Martín! ¿Usted por aquí?

Bernardo quedó esperando en el soberbio automóvil en que llegó con su amigo.

Patricia saludó al amigo de su pretendiente y aceptó hablar un momento con éste.

Fueron a sentarse en un banco adosado a un árbol, no lejos de la casita.

Martín pretendía hacer volver a Nueva York a Patricia, asegurándole que él estaba dispuesto a todo por ella; pero Patricia contestó negativamente a cuanto le propuso su admirador.

Sin embargo, para que Martín no creyera que le resultaba antipático o insoportable, Patricia le dijo que accedía a acompañarle hasta la entrada del pueblo, y fué a arregiarse un poco en la casa.

Tomás había llegado, portador de un ramo de flores, junto a la verja de la casita. Al ver el soberbio *auto* de los amigos Martín y Bernardo, se detuvo, y sintió celos al sorprender, desde la verja, a Patricia platicando con Martín a solas.

Bernardo fumaba como un volcán, mascando un puro. A Tomás le pareció que se necesitaba ser artista para fumar como Bernardo, y se fijó en su arte, para imitarlo cuando llegase la ocasión.

No dejó de ver tampoco el campesino la notable diferencia que existía entre su *auto* y el de los dos amigos, sí que también el modo de vestir de éstos.

Martin, al reunirse con Bernardo, encontró a Tomás y le dijo:

—¿Tiene usted un fósforo?



Tomás había llegado, portador de un ramo de flores, junto a la verja de la casita.

Tomás se lo dió, y en pago del favor, Martín entrególe un dólar.

La dádiva sulfuró a Tomás, pero parecióle que era como un aviso de que por su humilde indumen-

taria nadie podría creer que Patricia era su novia o estaba a punto de serlo.

Y el caso fué que, por la noche, en lugar de la visita de Tomás, esperada con intensa emoción, Patricia recibió una carta del campesino redactada como sigue:

Salgo para Chicago a fin de negociar la venta del tractor inventado por mí. Comprendo que un pobre campesino como yo no es el hombre de quien usted pueda enamorarse, y sé que no ha de echarme de menos. Tal vez aprenda yo algún día a ser una persona fina. Adiós.

TOMÁS.

El disgusto por que pasó Patricia no es para descrito. Todas sus ilusiones se desmoronaron estrepitosamente, lastimando su pobre corazón sediento de amor.

Pero, ¿por qué había hecho aquello Tomás?

... ..

En Chicago, en el *hall* del hotel donde se hospedaba, vió Tomás a una mujer que se le antojó modelo de distinción. La aludida cabalgaba una pierna sobre la otra y se daba rojo a los labios.

Sentóse Tomás al lado de la "elegante" para observar sus gestos y aprender, ansioso de transformarse en persona fina.

Un desconocido entró en el *hall* y al ver a la "elegante" le tendió la mano con grandes muestras de satisfacción.

—Vaya, vaya... ¡Si es nada menos que Cleopatra!

La "dama" exclamó, estrechando la mano del hombre:

—¡Egberto!
 —¡Vengan esos cinco! — dijo el varón.
 Ella se los dió, y charlaron por los codos; es



Sentose Tomás al lado de la "elegante"...

decir, charló él, contándole "bestialidades" suyas a ella.

—¡Eres un encanto! — le interrumpió la "elegante", acariciándole.

Y el muy necio — pues ya se habrá visto que eran un par de ridículos; ella una pobrecilla, y él un fresco que se las daba de "genio" — repuso:

—Se hace lo que se puede, preciosa. Y ya que nos hemos encontrado, vamos a bailar hasta que se nos acabe la cuerda.

—Sí, rico.

Tomás estaba encantado. No había perdido el más insignificante gesto de la pareja, y estaba seguro de haber aprendido mucho y todo ello bueno.

Para demostrar que estaba ya al corriente de algo, se ladeó el sombrero. Por algo se empieza a ser fino.

Luego nuestro bueno de Tomás vió a un joven galanteando a una empleada que regentaba un quiosco de tabacos y periódicos. Para deslumbrar a la muchacha, el joven hizo varios juegos, y al terminar de fumar un cigarro tiró la colilla a una escupidera, colocándola en el centro.

Tomás iba de asombro en asombro. Ya tenía una cosa más que aprender.

Para aleccionarse, compró una caja de puros y encerróse en su habitación.

Una hora después, Tomás no sabía dónde estaba. En el suelo había diez o doce puntas de cigarro. La prueba resultaba dura. No encontraba el centro de la escupidera ni por asomo, y el mareo fué descomunal.

Pero poco a poco...

... ..

A todo eso, Patricia había vuelto a Nueva York, a fin de olvidar.

Genoveva, enterada de lo que le había sucedido a su amiga, la alentó a proseguir su vida de antes, resignándose con su suerte.

—¡Ánimate, mujer. A falta de pan, buenas son tortas, y ya sabes que Martín está en situación de disponible.

—¿Qué me importa a mí Martín? ¡A quien yo quiero es a Tomás! — replicó Patricia.

Y acaeció que, como si Tomás hubiese oído a su amada, ésta recibió el siguiente telegrama de él:

Patricia Delaney. — Calle 49, Oeste, núm. 15. — Nueva York. — Su madre me ha proporcionado su dirección. Vendí invento tractor condiciones muy favorables. Deseo vivamente hablar con usted. Llegaré esta noche en el tren de las ocho. — TOMÁS.

Patricia se abrazó a Genoveva loca de alegría y dando gracias al Cielo por haber atendido sus ruegos.

Poco después de recibir el telegrama de Tomás, Patricia, que se preparaba a acoger con grandes honores a su novio, quitando, para evitarle tropiezos, la madera del pie de la puerta, pues, ¡qué cosas tiene el amor!, ella misma había tropezado al recordarle, recibió flores y una cajita enviadas por Martín con una tarjeta redactada así:

Para una prenda esta prenda que, aunque indigna de ella es, le ruego conserve como prenda de mi sincero querer.

Martín

La cajita, hemos dicho mal, el estuche contenía un brazaete de brillantes fascinador.

De buena gana se lo quedaría para sí Genoveva; pues Patricia lo rechazaría.

—Yo no quiero nada de esto, sino a mi Tomás — repitió Patricia.

Y Tomás llegó.

Pero...

Genoveva fué a abrir y su sorpresa no tuvo nombre. ¿Aquel era Tomás, el campesino? ¡Caramba, qué bromista resultaba Patricia en sus amores!

Patricia había dicho a su amiga que, si el que había llamado era, al fin, su Tomás, se marchase, para que pudiese hablar sola con él. Convinieron en



—Yo no quiero nada de esto, sino a mi Tomás.

que Genoveva la esperaría en la portería de la pensión.

Tomás hizo su aparición ante Patricia, y el asombro de ésta no fué menor que el de Genoveva. Aquel no era Tomás. ¿Quién era aquel mamarracho?

El campesino, en su afán de modernizarse, había exagerado tanto la nota que parecía un pollo digno de ser expuesto al público como prototipo de la ridiculez.

Los pantalones que llevaba no eran Oxford ni nada semejante, sino verdaderos sacos. Y ¿qué decir del resto de la indumentaria? ¿Qué del hablar y de



El campesino, en su afán de modernizarse, había exagerado tanto la nota...

sus gestos copiados del chulo aquel del *hall* del hotel de Chicago?

La desilusión de Patricia fué tan grande, que su amor se apagó instantáneamente, creyendo haberse equivocado considerándole distinto a los demás hombres.

Tomás, persuadido de que la mudez de Patricia obedecía a agradable asombro, repitió las mismas palabras que pronunció el fresco a la "elegante" del

hotel de Chicago, desconcertando ese hablar tan gracioso a la delicada bailarina.

En aquel momento, tan doloroso para Patricia, presentóse en su habitación Martín, su admirador, quien, al ver a Tomás, dijo:

—¿No soy importuno?

Patricia celebró la llegada de Martín, y repuso:

—De ninguna manera; el señor iba a marcharse.

Despedía a Tomás, y éste, disimulando su pesar, iba a hacerlo; mas, antes, preguntó a Martín, a quien había reconocido:

—¿Tiene usted un fósforo?

Martín se lo dió, y en pago del favor, Tomás le entregó un dólar, marchándose luego.

Martín quedó perplejo, pero como recordó también a Tomás... limitóse a guardarse el dólar y a ocuparse exclusivamente de Patricia.

Esta, al acercársele Martín preguntándole si le había gustado la pulsera, encendió un cigarrillo, presta a defenderse con él. Pero arrojándolo nerviosamente al cenicero, preguntó a Martín, en un momento de desaliento:

—Martín, sé a lo que usted viene. Mucho interés ha de tener usted por mí cuando insiste tanto en que le comprenda... Está bien. ¿Me llevará usted lejos de todo esto?

Los ojos de Martín brillaron con entusiasmo.

—Adonde usted quiera y cuando quiera, Patricia — contestó.

—No tardaré — aseguró ella, desapareciendo hacia su cuarto.

En tanto, Tomás, muy afligido, encontraba a Geneveva en la portería de la pensión. Extrañada de

verle sin Patricia, Genoveva dirigió algunas preguntas al ingenuo.

—Traté de ser distinto, de refinarme, sólo por



...encendió un cigarrillo, presta a defenderse con él.

agradar a ella — dijo Tomás—, pero veo que es inútil. No me quiere.

—Pero ¿qué está usted diciendo, infeliz? Patricia está loca por usted, Tomás...

—¿Qué?...

—Se lo aseguro. A todo renunciaría por usted. Me consta.

—No me engañe, señora, no me engañe. Yo ya se que no soy nadie para ella, pero...

—Vaya, vuelva con ella. Pero sea usted el mismo de siempre, y ya verá. Usted no es el Tomás que ella conoció y al que ella ama con todo su corazón.



Y allí estaba, encogida en un sillón, llorando silenciosamente, la dulce Patricia.

Sin esperar a más, Tomás echó a correr por las escaleras; pero al llegar al piso de Patricia el ascensor se cerraba... Alguien acababa de salir de la habitación de la amada. ¡Ella y Martín, sin duda!

Febrilmente, Tomás abrió la puerta del cuarto de Patricia y no encontró a nadie. ¡Oh! ¿Era posible que se hubiese marchado, renunciando a él para siempre?

No, no era posible. El amor, el verdadero amor, sabe esperar.

Y allí estaba, encogida en un sillón, llorando silenciosamente, la dulce Patricia.

Al verla, Tomás trató de abrazarla, para asegurarle que su amor era su vida, pero Patricia le rechazó.

—*Usted* no es el mismo Tomás que yo conocí. Esa manera de hablar, ese traje tan odioso...

—Si no es más que eso, Patricia de mi alma, yo te prometo que seré el Tomás que tú quieres.

Y despojándose de su americana y quitándose el amplio sombrero de paja, Tomás se parecía algo al Tomás de antes, y volvería a serlo completamente para hacer la felicidad de Patricia.

Ella no vaciló ya en entregarle su corazón, y abrazándose, sentáronse en un sofá, pero levantáronse prestamente, pues debajo de algunos cojines había la madera de la puerta, arrancada por Patricia para que Tomás no tropezara, y los clavos estaban, casualmente, en posición de recibir "cariñosamente" a todo aquel que se sentare en el sofá.

Y se oyó una exclamación.

Claro. Sin duda un ¡ay! sonoro, o dos ¡ay!, ¿verdad?

No. Se oyó algo mejor.

Se oyó esto:

—¡Alma mía!

Y a buen seguro que eso no iba dirigido a ningún gato.